

MARTIRIO DE SAN POLICARPO

Marción

INTRODUCCIÓN

*San Policarpo sufre el martirio el año 155 o 156.¹ Fue fortuna grande para el testigo de Jesucristo —y no menor nuestra— que entre los que presenciaron su martirio había un cristiano, hábil en el manejo de la pluma, formado sin duda en la retórica griega, pero amante de la sobria verdad, el cual, en nombre de la Iglesia de Esmirna, redactó, para la Iglesia de Filomelio, en Frigia, el relato sobrio, veraz y emocionante del martirio de los cristianos de Esmirna y más ampliamente el de Policarpo. El *Martyrium Polycarpi*, obra de un desconocido Marción, es una joya de la primitiva literatura cristiana y tiene que figurar, por derecho propio, en este volumen de «Padres Apostólicos», no sólo por ser un relato realmente conmovedor del martirio de San Policarpo, que arroja viva luz sobre la vida toda y el carácter del oyente de Juan, sino porque, escrito a raíz mismo del suceso, pertenece plenamente a la literatura de los «Padres Apostólicos». Literariamente, el *Martyrium Polycarpi* es muy superior a la *Epístola* (de Policarpo a los filipenses). El autor, sin dar en lo novelesco y fantástico, sabe disponer su narración de modo que no decaiga jamás el interés. Atenido a la realidad que él pudo observar, u oír de quienes la observaron, los hechos mismos tienen una insuperable emoción. La figura de Policarpo, sereno y grave, prudente e intrépido, sin un gesto teatral, sin discursos altisonantes, nos cautiva desde el primer momento y hay escenas y dichos suyos que no es posible olvidar. Obra, en fin, de un artista que, como tantas veces, dio con la belleza suma del arte con sólo amar y buscar la verdad de los hechos. ¡Lástima que este sobrio narrador no tuviera más imitadores en los que posteriormente envolvieron las actas de los mártires, en la huera hojarasca de una fantasía tan piadosa como desenfrenada y ajena a la verdad!*



¹ Un resumen de la controversia sobre la fecha del martirio de San Policarpo y su bibliografía, en A. Puech, o. c. p. 68, n. 3. Alguna cita bibliográfica nueva en Altaner, *Patrologit*, pág. 58.

MARTIRIO DE SAN POLICARPO

Saludo.

La Iglesia de Dios, que habita como forastera en Esmirna, a la Iglesia de Dios, que es forastera en Filomelio y a todas las Iglesias peregrinas en todo lugar de la santa y universal Iglesia:

Que en vosotros se multiplique la misericordia, la paz y el amor de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo.²

Policarpo, mártir según el Evangelio.

Os hemos escrito, hermanos, lo referente a los que sufrieron el martirio y señaladamente sobre el bienaventurado Policarpo, quien, bien así como si con su martirio hubiera puesto el sello, hizo cesar la persecución.³ Pues casi pudiéramos decir, que los anteriores sucesos tuvieron sólo lugar, con el fin de mostrarnos nuevamente desde el cielo, el martirio del Señor, conforme al Evangelio. Esperó, en efecto, a ser entregado, como lo hizo también el Señor, a fin de que también nosotros le imitemos, no mirando sólo nuestro propio interés, sino también el de nuestro prójimo. Porque obra es de verdadera y firme caridad no buscar sólo la propia salvación, sino también la de todos nuestros hermanos.

Tormentos de los mártires.

Bienaventurados, a la verdad y generosos son todos los martirios que se han cumplido conforme a la voluntad de Dios. Porque a Dios, si hemos de ser piadosos, hay que atribuir la potestad sobre todos. Pues ¿quién no admirará su generosidad, su paciencia y amor al Señor? De ellos, unos sufrieron, lacerados por los azotes, hasta llegar a distinguirse la disposición de la carne dentro de las venas y de las arterias, de modo que los espectadores sintieron compasión y lástima; otros llegaron a tal extremo de valor, que alguno de ellos no dio un grito ni exhaló un gemido. Con lo que nos dan a entender a todos nosotros que en el momento de ser atormentados, habían emigrado

2 Recuérdese el saludo de la *I carta de Clemente* a los corintios y la nota allí puesta sobre el sentido de *paroikeo*, de donde viene el nombre de parroquia, sin recuerdo ya de sus orígenes y significación primera.

3 El martirio de San Policarpo cae, casi con certeza, bajo el imperio de Antonino Pío (138-161), emperador benévolo para con los cristianos. Sin embargo, como subsistían las leyes anteriores contra ellos, los cristianos estaban siempre a merced del flujo y reflujo de las iras del populacho, al que magistrados débiles no se atrevían a hacer frente. Ningún documento ilustra mejor esta situación que el propio *Martyrium Polycarpi*.

de sus cuerpos los mártires de Cristo, o más bien, que estando a su lado el Señor, conversaba con ellos. Y asidos a la gracia de Cristo, despreciaban los tormentos mundanos, rescatándose, por el sufrimiento de una hora, del castigo eterno. Y el fuego de los inhumanos atormentadores les resultaba refrigerante, pues tenían ante los ojos el huir del fuego eterno y que jamás se apaga y con los ojos del corazón contemplaban los bienes reservados a los que sufren; bienes que ni oído oyó, ni ojo vio, ni corazón de hombre alcanzó, pero a ellos se los mostraba el Señor, como quiera que ya no eran hombres, sino ángeles.

Igualmente, también los condenados a las fieras sufrieron tormentos espantosos, tendidos que fueron sobre guijarros puntiagudos y probados con otras formas de varios tormentos, para, de ser posible, obligarlos el tirano, por la fuerza de sufrimiento incesante, a renegar.

Glorioso martirio de Germánico.

Muchos fueron, en efecto, los artificios que el diablo puso en juego contra ellos; mas, ¡gloria a Dios!, no prevaleció contra todos. Porque el nobilísimo Germánico sobre esforzó, con su constancia, la cobardía de ellos, siendo también el que más ilustre combate sostuvo con las fieras. Porque, tratando el procónsul de persuadirle, diciéndole que tuviera lástima de su edad, él mismo azuzó a la fiera para que se arrojase contra él, mostrando deseo de verse cuanto antes libre de la vida injusta e inicua de ellos. En este punto, pues, toda la muchedumbre, maravillada de la valentía de la raza de los cristianos, que ama y honra a Dios, prorrumpió en alaridos: «¡Mueran los ateos! ¡Búsquese a Policarpo!»

Cobardía de «un espontáneo».

Pero uno de ellos, por nombre Quinto, frigio, que había llegado a última hora de la Frigia, a la vista de las fieras, se acobardó. Pero es que fue él mismo quien se presentó e indujo a algunos otros a presentarse espontáneamente. A éste, después de muchas instancias, logró el procónsul persuadirle a jurar y a sacrificar. Por lo cual, hermanos, no aprobamos a los que espontáneamente se presentan, pues no es eso lo que enseña el Evangelio.

«Tengo que ser quemado vivo».

Pero el muy admirable Policarpo, en primer lugar, oyendo decir que le buscaban, no se turbó,

sino que estaba decidido a permanecer en la ciudad; sin embargo, la mayoría le persuadía para que saliera ocultamente. Se retiró, en efecto, a una finca, que no distaba mucho de la ciudad y allí pasaba el tiempo acompañado de unos pocos, sin tener otra ocupación, día y noche, que la de orar por todos y particularmente por las Iglesias esparcidas por toda la tierra. Lo cual había sido siempre en él una costumbre. Y orando una vez, tres días antes de ser prendido, tuvo una visión, en que se le representó su almohada totalmente abrasada por el fuego; y volviéndose a los que estaban con él, les dijo: «Tengo que ser quemado vivo».

Traición de un esclavo.

Como persistieran los que le buscaban, se trasladó a otra finca, e inmediatamente se presentaron los perseguidores. Al no hallarle, prendieron a dos esclavos, uno de los cuales, sometido a tormento, declaró su paradero. Era ya desde todo punto imposible seguir oculto, una vez que sus propios domésticos le traicionaban. Y el Irenarco,⁴ que, por cierto, llevaba el mismo nombre que Herodes, se dio prisa para condujeran a Policarpo al estadio, a fin de que éste alcanzara su suerte, hecho partícipe de Cristo y los que le habían entregado sufrieran el mismo castigo de Judas.

El arresto.

Llevando, pues, consigo al esclavo, el viernes, hacia la hora de comer, salieron los perseguidores, con gentes de a caballo, armados como los tales acostumbran, «como si salieran a correr tras un ladrón» (Mt 26, 55).⁵ Y cuando llegaron, a hora ya tardía, le hallaron acostado en una habitacioncilla del piso superior; y aun le hubiera sido posible salir de allí y marchar a otro lugar; pero él se negó, diciendo: «Hágase la voluntad de Dios» (Hch 21, 14). Habiéndose enterado que habían llegado ya por él, bajó y se puso a conversar con ellos, maravillándose sus perseguidores de su avanzada edad y de su serenidad y no comprendiendo todo aquel afán por aprender a un viejo como aquél. Así, pues, Policarpo ordenó inmediatamente que en aquella misma hora se les sirviera de comer y beber cuanto apetecieran, rogándoles él, por su parte, que le concedieran una hora para poder orar tranquilamente. Ellos se lo permitieron, y, puesto en pie, se puso a orar, tan lleno de

4 Una especie de jefe o director de policía.

5 El anónimo narrador ha notado que la prisión de Policarpo sucedió en viernes, día dedicado al recuerdo de la Pasión del Señor y ahora, en el momento del arresto, recuerda una circunstancia del prendimiento de Jesús en el huerto.

gracia de Dios, que por espacio de dos horas no le fue posible callar y estaban espantados los que le oían y aun muchos empezaban a arrepentirse de haber venido a aprender a un viejo tan religioso.

Camino del martirio.

Una vez que, finalmente, terminó su oración, después de haber hecho en ella memoria de cuantos en alguna ocasión tuvieron trato con él, pequeños o grandes, gloriosos o no gloriosos y señaladamente de toda la universal Iglesia esparcida por la tierra, llegado el momento de partir, le montaron sobre un asno para conducirlo a la ciudad, día que era de gran sábado. Y se topó con él en el camino el Irenarco Herodes y su padre Nicetas, los cuales le hicieron subir a su coche y, sentándole a su lado, trataban de persuadirle, diciéndole: «¿Y qué mal hay en decir: «César es el Señor», lo mismo que en sacrificar y lo que a esto se sigue, a trueque de salvar la vida?»⁶

Policarpo, por su parte, al principio no les contestó palabra; mas, como insistieran ellos, les dijo: «No tengo intención de hacer lo que me aconsejáis». Ellos entonces, desesperados por no obtener lo que pretendían, le colmaron de palabras injuriosas y le hicieron bajar precipitadamente del coche; de suerte que, según bajaba, se hirió en la espinilla. Sin embargo, sin hacer caso de ello, como si nada hubiera pasado, caminaba animosamente, a toda prisa, conducido al estadio. Y era tal el tumulto que en éste reinaba, que no era posible entender a nadie.

«Ochenta y seis años hace que sirvo».

Y cuando Policarpo entraba en el estadio, sobrevino una voz del cielo que le dijo: «Ten buen ánimo, Policarpo y pórtate varonilmente». Nadie vio al que esto dijo; pero la voz, la oyeron los que de entre los nuestros se hallaban presentes. Y como le condujeran al tribunal, se levantó un gran tumulto al correr la voz de que habían prendido a Policarpo. Venido, pues, a la presencia del procónsul, le preguntó éste si era él Policarpo. Respondiendo afirmativamente, trataba el procónsul de persuadirle a renegar, diciéndole:

—Ten consideración a tu edad —con todo lo demás que tienen costumbre de decir—. Jura por el genio del César, arrepiéntete y di: «¡Mueran los ateos!»

Pero Policarpo, mirando con grave rostro a toda la muchedumbre de los paganos sin ley que

6 La fórmula *Kyrios Kaisar* recuerda la otra paulina de *Kyrios Iesous*, cifra de la fe cristiana. Divinizados los emperadores en el culto oficial, la fórmula entrañaba para los cristianos un sentido religioso, que llevaba consigo la negación de la fe en el solo *Kyrios Iesous*, el Señor Jesús.

llenaban el estadio, tendiendo hacia ellos la mano, suspirando y levantando sus ojos al cielo, dijo:

—¡ Sí, mueran los ateos!

Pero como el presidente insistiera, diciéndole:

—Jura y te pongo en libertad, blasfema a Cristo.

Policarpo respondió:

—Ochenta y seis años hace que soy siervo suyo y ningún daño he recibido de Él. ¿Cómo puedo blasfemar de mi rey y de mi salvador?

«Soy cristiano».

Como otra vez insistiera aquél y le dijera: «Jura por el genio del César», respondió:

—Si te imaginas que he de jurar por el genio, como tú dices, del César y aparentas ignorar quién soy yo, con libertad te lo confieso: Yo soy cristiano. Ahora bien, si quieres oír en qué consista el ser cristiano, concédeme un día y escúchalo.

Replicó el procónsul:

—Convence al pueblo.

Y Policarpo le replicó:

—A ti te juzgué digno de oír una explicación, pues a nosotros se nos enseña a tributar a los magistrados y autoridades constituidas por Dios el honor que se les debe, mientras no vaya contra nuestra conciencia; mas al populacho, no le considero digno de escuchar mi defensa.

Pero el procónsul dijo:

—Tengo fieras, a las que te voy a arrojar, si no cambias de opinión.

Y él:

—Puedes traerlas. Por lo demás, un cambio de opinión de lo mejor a lo peor nosotros no podemos admitirlo. Lo razonable es pasar de lo malo a lo justo.

El procónsul vuelve a insistir:

—Te haré consumir por el fuego, ya que desprecias las fieras, si no mudas de parecer.

Y Policarpo dijo:

—Me amenazas con fuego que arde durante una hora y al cabo de un poco rato se apaga. Bien se ve que desconoces el fuego del juicio futuro y del eterno castigo; fuego que está reservado para los impíos. Mas, ¿por qué tardas? Trae lo que quieras.

Visión cumplida.

Diciendo estas y muchas otras cosas, se llenó de tal fortaleza y alegría y su rostro irradiaba gracia tal, que no sólo no se abatía el mártir turbado por las amenazas que se le dirigían, sino, por que por el contrario, era el procónsul quien estaba pasmado fuera de sí y mandó a su heraldo que por tres veces proclamara en medio del estadio a voz de pregón: «Policarpo ha confesado que es cristiano».

Apenas dicho esto por el heraldo, toda la turba de gentiles y de los judíos que vivían en Esmirna, con rabia incontenible y a grandes gritos, empezó a vociferar: «Ese es el maestro del Asia, el padre de los cristianos, el destructor de nuestros dioses, el que ha inducido a muchos a no sacrificarles ni adorarlos». Así decían entre gritos y rogaban al asiarca Filipo que soltara contra él un león. Este, empero, respondió que no tenía facultad para ello, una vez que habían concluido los combates de las fieras. Entonces dieron todos en gritar unánimemente, que Policarpo fuera quemado vivo. Era, en efecto, forzoso que se cumpliera la visión que se le había manifestado sobre la almohada, cuando la vio, en la oración, abrasarse toda y dijo proféticamente a los fieles que le acompañaban: «Tengo que ser quemado vivo».

Se prepara la hoguera.

Así, pues, la cosa fue tan rápida, que se adelantó el hecho a las palabras; pues inmediatamente las turbas reunieron madera y ramas secas traídas de talleres y baños, dándose, sobre todo los judíos, manos a la labor con singular fervor, según lo tienen de costumbre. Preparada que fue la pira, habiéndose quitado todos sus vestidos y descindiéndose el cinturón, trataba también de descalzarse, cosa que jamás hiciera antes por sí mismo, como quiera que siempre se apresuraban a ello los fieles, porfiando sobre quién lograra antes tocar su cuerpo. Porque ya antes de su martirio estaba Policarpo, por su santa vida, adornado de todo bien.

Al punto, pues, fueron puestos en torno a él todos los instrumentos preparados para la pira. Pero como vinieran también con intención de clavarle en un poste, dijo: «Dejadme así; porque quien me da fuerzas para soportar el fuego, me las dará también, sin necesidad de asegurarme con vuestros clavos, para permanecer inmóvil en la hoguera».

Oración del mártir.

Así, pues, no le clavaron, sino que se contentaron con atarle. Y él, con las manos atrás y atado como un carnero escogido de un gran rebaño para el sacrificio, aparejado como holocausto acepto de Dios, habiendo levantado al cielo sus ojos, dijo:

—Señor Dios omnipotente, Padre de tu Hijo amado y bendito Jesucristo, por quien hemos recibido el conocimiento acerca de Ti, Dios de los ángeles y de las potestades y de toda la creación y de toda la raza de los justos que viven en presencia tuya; yo te bendigo, porque me has tenido por digno de este día y hora, en que he de tener parte en el número de tus testigos, en el cáliz de tu Cristo, para la resurrección de la vida eterna, del alma y del cuerpo, en la incorrupción del Espíritu Santo. ¡Ojalá sea yo recibido entre ellos en este día delante de ti, como un sacrificio pingüe y aceptable, conforme de antemano me preparaste y me lo revelaste y lo has cumplido, tú, Dios infalible y verdadero. Por lo cual, por todas las cosas te alabo y te bendigo y te glorifico por medio del eterno y celeste sumo sacerdote Jesucristo, tu Hijo amado, por el cual sea a ti la gloria junto con Él y con el Espíritu Santo, ahora y por los siglos venideros. Amén!⁷

Oro en el crisol.

No bien hubo pronunciado el amén y concluido su oración, los ministros de la pira prendieron fuego a la leña, y, levantándose una gran llamarada, vimos un prodigio aquellos a quienes fue concedido verlo y tuvimos también cuidado de guardarnos lo que vimos con el fin de comunicar a los demás lo sucedido. Y fue que el fuego, formando una especie de bóveda, como la vela de un navío henchida por el viento, rodeó como una muralla el cuerpo del mártir. Y estaba el cuerpo en medio de la llama, no como carne que se asa, sino como pan que se cuece o como oro o plata acendrada al horno. Y es así que nosotros percibimos un buen olor tan grande como de nube de incienso o de otro perfume precioso.

Testimonio de sangre.

Viendo, pues, los sin ley que el cuerpo del mártir no podía ser consumido por el fuego,

⁷ He aquí un ejemplar magnífico de oración en la primitiva Iglesia, no sólo por la emoción de pronunciarla un mártir con el acento personal e íntimo que le da el gran obispo de Esmirna, sino por la densidad teológica de que está rebosando. Es, por otra parte, impresionante comprobar sobre textos vivos la continuidad vital de la Iglesia: Esa oración, pronunciada por un mártir del siglo II, discípulo de los Apóstoles, parece una interpolación al *Martyrium*, tomada de uno de nuestros novísimos misales romanos. Al final oímos como un prelude de nuestro *Gloria Patri...*

mandaron al verdugo encargado de dar el golpe de gracia que se acercara y le hundiera un puñal en el pecho. Hecho lo cual, brotó tal cantidad de sangre en torno al puñal que llegó a extinguir el fuego y toda la turba quedó pasmada de que fuera tal la diferencia entre la muerte de los infieles y la de los escogidos. De entre los cuales, uno fue este mártir Policarpo, digno de toda admiración, maestro que fue, en nuestros tiempos, apostólico y profético, obispo de la Iglesia católica de Esmirna. Porque toda palabra que salió de su boca se cumplió y se cumplirá.

El cuerpo del mártir.

Pero el rival, envidioso y malvado adversario de la raza de los justos, viendo no sólo la grandeza del martirio de Policarpo, sino también su irreprochable vida desde el principio, coronado con la corona de la inmortalidad y con el premio indisputable de la victoria en sus manos, dispuso de manera las cosas que ni siquiera nos fuera dado apoderarnos de su cuerpo, a pesar de ser muchos los que deseábamos hacerlo y tener alguna parte de su santa carne. Como quiera que fuera, sugirieron a Nicetas, padre de Herodes y hermano de una tal Alce, que suplicaran al gobernador no se nos entregara el cuerpo del mártir, «no sea —dijo— que abandonen al Crucificado y empiecen a dar culto a éste». Esto le sugirieron y lo reforzaron los judíos, que habían estado en acecho, cuando íbamos a recoger el cuerpo del fuego, por ignorar, que nosotros ni podremos jamás abandonar a Cristo, que murió por la salvación de todo el mundo de los que se salvan por Él, inocente, por los pecadores, ni adorar a otro alguno fuera de Él. Porque a Él le adoramos como a Hijo de Dios que es; pero a los mártires, les tributamos el justo homenaje de nuestro afecto, como a discípulos e imitadores del Señor, por el amor insuperable a su propio, rey y maestro. ¡Y quisiera Dios que también nosotros llegáramos a ser partícipes e imitadores suyos!

Perlas preciosas.

Como viera, pues, el centurión, la porfía de los judíos, poniendo el cuerpo en medio, según costumbre suya, lo hizo quemar. Nosotros, sin embargo, recogiendo más tarde los huesos del mártir, más preciosos que perlas de valor y más estimados que el oro, los depositamos en lugar conveniente. Allí, según nos sea posible, nos concederá el Señor, reunidos en regocijo y alegría,

celebrar el natalicio de su martirio,⁸ para memoria de los que acabaron su combate y ejercicio y preparación de los que tienen aún que combatir.

Recapitulación.

Tal fue el martirio del bienaventurado Policarpo, quien, habiendo sufrido en Esmirna con doce fieles más de Filadelfia, él sólo señaladamente es recordado por todos, hasta el punto de que los mismos paganos hablan de él en todas partes. Él fue no sólo maestro ilustre, sino mártir eminente, cuyo martirio todos desean imitar, por haber sucedido conforme al Evangelio de Cristo. Después de haber derrotado con su constancia al príncipe injusto y recibido así la corona de la inmortalidad, glorifica con alegría, en compañía de los apóstoles y de todos los justos, a Dios Padre omnipotente. Y bendice a nuestro Señor Jesucristo, salvador de nuestras almas y piloto de nuestros cuerpos y pastor de la Iglesia universal esparcida por toda la tierra.

Despedida.

Nos rogasteis vosotros que os relatáramos largamente lo sucedido y nosotros, por ahora, no hemos hecho sino daros un resumen por la pluma de nuestro hermano Marción. Ahora bien, una vez que os hayáis enterado vosotros de ello, remitid también esta carta a los hermanos del contorno, a fin de que también ellos glorifiquen al Señor, que es quien escoge a los que quiere de entre sus siervos.

A Aquel que es poderoso para introducirnos a todos nosotros por su gracia y por su don en su reino eterno, por medio de su Hijo unigénito Jesucristo, a Él sea la gloria, el honor, la fuerza y magnificencia por los siglos.

Salud a todos los santos.⁹

Os saludan todos los que están con nosotros y Evaristo con toda su familia.

Apéndice al Martyrium.

El bienaventurado Policarpo sufrió el martirio en la segunda década del mes Jántico, siete días

⁸ La Iglesia ha conservado esta bella y, como se ve, antigua idea de que el día del martirio es el día del auténtico nacimiento del mártir, como que nace a aquella vida que es de verdad vida (1 Tm 6,19) y así anuncia el martirologio la fiesta de los mártires.

⁹ Nombre íntimo con que, desde los días de San Pablo, se conocían los cristianos. San Policarpo se declara «cristiano»; pero es ante el procónsul pagano. Los primitivos cristianos, con auténtico sentido de Cristo, se sentían llamados a la santidad por el mero hecho de serlo.

antes de las calendas de marzo.¹⁰ El día del gran sábado, a la hora octava, fue prendido por Herodes bajo el pontificado de Felipe de Trales, bajo el proconsulado de Estacio Cuadrado y bajo el reino eterno de Jesucristo, a quien sea la gloria, el honor, la magnificencia y el trono eterno de generación en generación. Amén.

Rogamos por vosotros, hermanos, para que tengáis buen ánimo, caminando en la palabra conforme al Evangelio de Jesucristo, con el cual sea la gloria a Dios Padre y al Espíritu Santo por la salvación de sus santos escogidos, como sufrió martirio el bienaventurado Policarpo, cuyas huellas quiera Dios concedernos seguir en el reino de Jesucristo.

Esto trasladó Gayo de las obras de Ireneo, que fue discípulo de Policarpo, quien, además, convivió con Ireneo. Y yo, Sócrates, en Corinto, lo copié del manuscrito de Gayo. La gracia sea con todos.

Y yo, en mi vejez, Pionio, lo copié de lo anteriormente escrito después de haberlo buscado, habiéndomelo mostrado por revelación el bienaventurado Policarpo, como haré patente en lo que sigue, reuniéndolo todo, cuando estaba ya casi consumido por el tiempo, a fin de que también a mí me reúna el Señor Jesucristo con sus escogidos en el reino celeste, a quien sea gloria con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

0-0-0-0-0-0

Fuente:
*Padres Apostólicos II,
Carta y martirio de San Policarpo y otros escritos primitivos
Introducción y versión por el P. Daniel Ruiz Bueno
Librería Parroquial de Clavería, México, D.F
Con imprímase en Madrid, diciembre de 1946
Páginas 37-56.*

*Adaptación y presentación realizada por
Luis Mariano Salazar Mora*

¹⁰ El mes *Kanthikós* era el primer mes del año entre los macedonios, que correspondía al *Aprilis* de los romanos. Estos datos del Apéndice al *Martyrium*, base para la fijación de la fecha del martirio de San Policarpo, han sido objeto de largo estudio y controversia.